

ELEGIA XII.

A la muerte de Antonio Sedeño, donde ansimismo se cuenta el suceso de su jornada.

CANTO PRIMERO.

A cosas de Cubagua y Margarita Aspiraba, letor, mi flaca pluma
A dar de relacion tan infinita
Alguna recogida y breve suma ;
Pero dame Sedeño tanta grita
Rogando que su causa se resuma,
Que primero que dellas es forzado
Acabar lo que dél he comenzado.

Cuando clara progenie de Latona
Tenia por la eclíptica carrera,
Aquél primero signo de la zona
Obliqua, que ciñendo va la esfera ;
Cuando quinceno ciento se pregonaba
Con mas treinta y seis años de la era,
Tal día con frescor de la mañana
Salió Sedeño de Maracapana.

Al cual deste consorcio belicoso
Le pareció nombrar en el armada
Por general á Diego de Reinoso,
Y el maese de campo fué Losada :
Martín Fernandez, hombre poderoso,
Por alcalde mayor de la jornada,
Porque en el aviar el estandarte
Este fué quien gastó la mayor parte.

Por capitanes otros seis ó siete
Fueron por el Sedeño señalados,
Como Montalvo, Vega y el Copete,
Y los dos que murieron ahorcados :
Segun mi verso débil entremete
En los casos atrás conmemorados,
Ochoa y Alonso Alvarez Guerrero,
Capitán del Ortal y compañero.

Sacó quinientos hombres escogidos,
Todos valerosísimos soldados,
De caballos y armas proveidos,
De cosas necesarias reparados :
De pensamientos altos van movidos,
De grandes esperanzas alentados,
Con intento de ver templo dorado
Do el padre de Faeton es adorado.

Con todo buen concierto se camina
Por costa de la mar camino claro,
Pero luego dejaron la marina,
Y atravesaron por Patigutaro :
Provincia tan cabal que fuera dina
De conservarse con mejor reparo,
Y por do les hacia mas al caso
Salieron á los pueblos de lo raso.

A sombra de tan fuertes valedores,
Cubagua concertó también que fuesen
Sus capitanes y rescatadores
Que los indios esclavos recogiesen,
Ó granjeados ya por sus sudores,
Ó de los que los otros les vendiesen,
Con orden de clemencia tan ajena
Que el escribillo da terrible pena.

Pues era tan sin freno la soltura
De parte del ejército cristiano,
Que les era la paz menos segura
Que dormir con las armas en la mano ;
Pues con asegurallo, se procura,
Privar de libertad al indio llano,
Y en esto fueron tantos los engaños,
Que se hicieron increíbles daños.

De tan inmensa copia de vecinos
Rarísimos son hoy los que parecen,
Umbrosos montes cubren los caminos
Que los humanos ojos humedecen :
Los campos por do pasan peregrinos
Con sangre de los muertos reverdecen ;
Ya no se ve labranza ni cultura,
Sino bosques incultos y espesura.

En esto colocaban su contento
Con harto mas rigor de lo que digo,
Y era de tal furor el desatiento,
Sin reservar amigo ni enemigo,
Que juzgaban con gran merecimiento
El demérito digno de castigo :
Tanto ciega los ojos la cudicia
Que la maldad se tiene por justicia.

Los ebrios de tan mortal beleño,
Que muy poquitos hoy sustenta hado,
Parece que despiertan de tal sueño
Que ninguno tuvieron tan pesado :
Dicen mal del Ortal y del Sedeño
Por haberse tan mal acomodado,
Pues si tuvieran de poblar intentos
Potentes fueran los repartimientos.

Iban pues con algunos compañeros
De Cubagua personas principales,
Un Domingo Velazquez, un Riberos,
Fernando de Veger, Pedro de Caliz :
Su fin, su pretension, sus paraderos
Fué siempre destruir los naturales ;
Llegó á Guarental toda la gente,
El cual los recibió benignamente.

Hizo Sedeño ir por otras vias
Gente que parecia ser bastante,
Repartidos en tres capitánias
Para que descubriesen adelante ;
Y él se detuvo por algunos días
Mas cerca de la mar con la restante,
En el pueblo del Cojo, que ya cuento,
Porque le pareció fértil asiento.

La gente por Cubagua proveida
Y con el capitán que Ochoa llamo,
Desde Guarental hizo corrida
A la parte que dicen Guayacamo,
Provincia bien poblada y estendida,
Pero no sin defensa de su amo,
Porque los indios della como diestros
Hicieron grandes suertes en los nuestros.

Pues viendo lamentar los derredores
Por ser en sus defensas incapaces,
Y ser los españoles ya señores,
Como sabios astutos y sagaces,
Tuvieron estos indios por mejores
Patentes guerras que lingidas paces ;
Y así fueron los nuestros rebatidos,
Algunos muertos, y otros mal heridos.

Viendo que se valian desta suerte
Por tener la guarida muy cercana,
El español desea de lo fuerte
Sacarlos al anchor de la zavana,
Para tomar venganza de la muerte
Que padeció la gente castellana,
Y así se retrajeron poco á poco
Para mas incitar al indio loco.

Con sospecha de que se retiraron
Los españoles de temores llenos,
Los indios á lo raso se llegaron,
Sin miedo del concierto de los frenos
De aquellos que los tésalos domaron,
Para poder correr con piés ajenos,
Tanto que se pusieron á provecho
Y á daño suyo fuera del estrecho.

Las riendas flojas, las espuelas hitas,
Compuestas las adargas y las lanzas,
Van los centauros contra los lapitas
Que venian con vanas confianzas :
Avivanse las voces y las gritas,
Crecen á mas andar las destemplanzas,
A todas partes y por todos lados
Rompen salvajes pechos y costados.

El Ochoa hacia gran estrago,
Pedro de Caliz rige bien las riendas,
Y también Francisco de Santiago,
Que en este nuevo reino tiene prendas :
Ningunas lanzas destas van en vago
Vengando las pretéritas contiendas,
Y los demás hacían maravillas,
Rompiendo las ijadas y costillas.

Bien como caminante descuidado
Que bestia fiera topa de repente,
Y con aquel temor desalentado
Huyendo acia atrás vuelve la frente ;
Así huye también el mas osado
Y el mas aventajado desta gente,
Admirados de ver en la conquista
Bestia nunca jamás por ellos vista.

Al fin, viendo los golpes escesivos,
Los tajos y reveses inhumanos,
Los guayacamos que quedaron vivos
Huyeron del furor de los cristianos ;
Pero de los tendidos y captivos
Gran copia les dejaron en las manos,
Y puestos en recado conviniente
Siguiéron el alcance juntamente.

Los libres del rigor de las peleas
Largando van los arcos y penachos,
Los nuestros saquearon las aldeas
Recogiendo mujeres y muchachos :
De oro bajo joyas y preseas,
Sin que le pongan armas sus empachos,
Y vueltos á la ya dicha dehesa,
Al Sedeño llevaron grande presa.

Como fuesen iguales en ingenio
Para hacer allí las particiones,
Atabas se conforma con Numenio,
Ambos á dos grandísimos ladrones ;
Ajenos del vivir del justo Benio,
Mas no de las argivas condiciones ;
Llevólo pues Cubagua por entero
Uno por parte y otro por dinero.

Acudieron también los taburlanes
Para poder mejor echar el sello ;
Quiero decir, los otros capitanes
Bautista, y el Aduza, y el Argüello :
Que tuvieron contrastes y desmanes
Y la vida colgada de un cabello,
Por haber encontrado competencia
Que hizo porfiada resistencia.

Pero trajeron muchos maniatados
De Anipuya, Marapa y Mayatare,
De Chocoroima y rio de Tiznados,
De Guamba, Orocomay, Cumagatare ;
De muchos pueblos otros señalados
De la provincia de Mayagatare,
Y todos los llevaron cubagüeses
A trueco de preseas é intereses.

Llevaban á Cubagua sus vecinos
De esclavos prolijísimas cadenas,
Dejando bien sangrientos los caminos,
Las sendas y veredas todas llenas
De muertos en aquestos desatinos,
Con hambre, con cansancio y otras penas,
Pues eran destos miseros captivos
Muy mucho mas los muertos que los vivos.

Y como tantos muertos se quedasen
En aquestos trabajos escesivos,
Fué causa que los tigres se cebasen
Y en esta tierra fuesen tan nocivos ;
Pues como ya los muertos les faltasen
Procuraban cebarse de los vivos,
Y fué tan grande plaga y desventura
Que no teníamos hora segura.

El pesado temor desto se prueba
Por casos varios que decir entiendo,
Y entre sueños no era cosa nueva
Alguien, sin le tocar, estar diciendo :
« Señores, que me lleva, que me lleva. »
Los otros acudian al estruendo,
Y estando quien lo dijo muy dormido,
Causarse confusísimo ruido.

Pues como cada cual por sí recela
Una muerte tan vil y desastrada,
Unos tiran tizonas de candela
Otros tercián la lanza preparada ;
El otro se embrázó de la rodela,
El otro no topó con el espada ;
Mas en los sobresaltos destas fieras
Las mas veces las burlas eran veras.

Y á treinta de caballo, mocetones,
Y para guerras no personas mancas,
Un tigre les causó mil turbaciones
En el rio que llaman de Barrancas :
Recogidos en medio los peones
Y ellos sin se mover ancas con ancas,
Mas antes de llegar la luz del día
A un indio le quitó la que tenia.

Otra noche por el inconveniente
De tan perniciosas ocasiones,
Un capitán, que fué Joan de la Puente,
Vistióse fuertes armas de algodones ;
Con capirote y faldas fuertemente
Trabando las hevillas y botones,
Porque si la venida fuese cierta
En otra parte diese descubierta.

Y aunque las armas fueron de provecho
Cuando todos estaban reposando,
El tigre para él se fué derecho
Ningunas cubiertas respetando ;
Dió grandes voces él, mas un gran trecho
Lo llevó con las armas arrastrando,
Acuden caballeros, que velaban,
Al tino de las voces do sonaban :

Yendo cada cual dellos recatado
Dan gritos que los meten en el centro,
Al fin halláronlo ya desmayado
Aquellos que salieron al encuentro :
Entre dos plantas verdes apretado
Que no pudo metello mas adentro,
Túvose por grandísima ventura,
No podello llevar al espesura.

Y cierto su persona fuera lesa
A poderle quitar los embarazos,
Pues cuando va huyendo con la presa
La va haciendo toda mil pedazos :
Hinchendo de crujidos la dehesa
Quebrantando costillas, piernas, brazos ;
Y es tan veloz en el hacer el salto
Que parece que vuela por lo alto.

Otra noche también desta manera
Dormía el lusitano Caraballo,
Habiendo puesto para cabecera
La silla y aderezos del caballo :
Manoplazo feroz tiró la fiera
A fin de lo matar y de llevarlo,
Fué misterio de Dios y maravilla
Que parasen los daños en la silla.

Huyó pesado sueño del dormido
Cuya silla sintió llevar rastrando,
Haciendo los estribos gran ruido
Que por las duras piedras iban dando :
Temor lo hizo mas apercebido
Y á todos los demás estar velando
Hasta la luz, y abierta la sospecha
La silla se halló, pero deshecha.

Otra vez en el rio de Tiznado
Un indio de Fernando Casejales
Se cubrió con un cuero de venado
Con miedo, segun dijo, destos males :
Saltó tigre feroz encarnizado
Echándole las garras infernales,
Y ventura le fué tan obediente
Que llevó la cubierta solamente.

Conocida su suerte venturosa
Dió gritos convocando los cristianos,
Saltó de la hamaca quien mas osa
Y el que tuvo los piés menos livianos :
Tuvimos una noche trabajosa
Y siempre con las lanzas en las manos,
Con tizonas, con grita y vocería
Hasta que ya llegó la luz del día.

Yendo muchos á dar en un cercado
De gente que tenían acechada,
Cada cual á caballo bien armado
Cubiertos de la noche sosegada ;
Tigre feroz saltó por el un lado,
Y al capitán llevóle la celada,
Sin ser la voluntad del caballero
Que lo sirviese paje tan lijero.

Viendo la buena maña del lacayo
Cuyas uñas peinaban el cogote,
El caballero Garcí Perez Vayo
A lo raso salió mas que de trote;
Porque no revolviere por el sayo
Aquel que le llevó su capirote,
Y los demás hicieron otro tanto
No menos poseídos del espanto.

De día fuimos seis por un camino,
Y en un gran pajonal pasó delante
Joan de Oña, montañés, ó vizcaino,
Saltó tigre con él en el instante,
Con golpe que sacara de su tino
Al mas poderosísimo gigante;
Acudimos á él con pies livianos,
Y quitámoselo de entre las manos,

La fiera crudelísima, tragona,
No pudo deshacer el mortal vaso,
Mas dejó maltratada su persona
Por se querer mostrar en este caso
Barbero que lo hizo de corona
Dejándole no mas que el casco raso,
Pues la tresquila fué con tan mal celo
Que no pudo jamás cubrirla pelo.

No le curaron luego la herida
Por parecer las llagas ser mortales,
Y aun por andar la gente de corrida,
Demás de que faltaban materiales:
Curámoslo después, y tuvo vida
Temerosa de tales animales;
Y aunque vivía siempre lastimado,
Después lo vi con hijos y casado.

Quiero también contaros otra ceca
De un indio que venia por un llano,
A pedir libertad para su esposa
Captiva del ejército cristiano:
Otra lleva por ella muy hermosa
Y espada de las nuestras en la mano,
Mas tigre le mató la india bella,
Y del hacer quisiera lo que della.

Mas viéndolo venir el caminante,
Cubrióse tras el tronco de un madero,
Poniéndole la punta por delante
Al tiempo que voló saltó lijero:
De suerte que la espada trepidante
Entró por el vital degolladero,
Cayó la bestia fiera sin aliento
Y el buen indio gozó de vencimiento.

Dió relación á nuestra compañía
Del daño recibido y del provecho,
Fueron allá por ver lo que decia
Y satisfizose cristiano pecho:
Diéronle la querida que pedia
En premio de tan honoroso hecho,
Hiciéronle los indios grande fiesta
Por selles esta fiera muy molesta.

Pudiéramos gastar en estos cuentos
Hartos dias que no fueran inertes,
Mas no de desventura tan exentos
Cuanto lo fueron estas dichas suertes:
Sino fines turbados y sangrientos,
Arrebatadas y penosas muertes,
No solo de los indios naturales
Mas de muchas personas principales.

Y muchos nombres dellos os dijera,
Pues en los mismos riesgos nos hallamos,
Pero por acortar esta carrera
Al Antonio Sedeño nos volvamos,
Y al asiento del Cojo y su ribera
Que fué la parte donde lo dejamos,
Por rehacerse mas de cosas varias
Para largo camino necesarias.

Estando pues en esta pertenencia
El Sedeño con estas compañías,
Vino para prendello del audiencia
Un licenciado dicho Joan de Frias:
No menos confiado de su ciencia
Que de victoriosas valentías,
Entró tras él por pasos conocidos
Con cien soldados, hombres escogidos.

Supo Sedeño luego la venida
Y adivinando lo que el otro piensa,
Toda su gente tuvo recogida
Con mano para guerra mas estensa:
A la cual destas cosas advertida,
Dispuso y ordenó para defensa,
Facilitando tal inconveniente
Con decillas á todos lo siguiente:

« Envidia, mis carísimos hermanos,
Que lo bien puesto derribar procura,
Debe querer quitarnos de las manos
Alguna prosperísima ventura:
Pues me dicen venir ciertos cristianos
A perturbar tan buena coyuntura,
Con juez proveído del audiencia
Por odio, por pasión y mal querencia.

» Y si somos á estos sometidos,
Obedeciendo tales provisiones,
Que maliciosos hombres fementidos
Ganaron con siniestras relaciones,
Quedamos asolados y perdidos;
Y fuera de tan buenas ocasiones,
Como las que tenemos de presente,
Do Dios y el rey se sirven juntamente.

» Pues querer por jurídicas contiendas
Que nuestras causas sean defendidas,
Demás de desasirnos destas prendas
Para cosas mas altas adquiridas,
Veremos consumidas las haciendas,
Y en confusión las honras y las vidas,
Que como ya sabeis las menos veces
Favorecen al reo los jueces.

» Así que pues que vamos en servicio
De Dios y rey, según intento mio,
Y para la defensa que cudicio
Tenemos fuerzas y bastante brio,
No me parece grave maleficio,
Que el licenciado Frias vuelva frio,
Antes es bien que cada cual defienda
Su libertad, su vida y su hacienda.»

Aquel interesal razonamiento,
Con oídos atentos perecebido,
Y entendido por todos el intento
Que de color de rey iba vestido,
Mostraron todos ellos buen aliento
Para la defension de su partido,
Diciendo cada cual que estaba presto
Para la ejecución de lo propuesto.

En aquesta sazón Frias tenia
La contraria ribera del Unare,
Pero seguro vado no sabia
Para que su venida se declare;
Y así determinó por aquel día,
Que por allí su gente se repare,
Mandando componer ranchos y tiendas,
Sin sospecha de guerras ni contiendas.

Y fué debajo destas intenciones
Hacer pasar allá, día siguiente,
Alguna breve copia de varones,
Con Sancho del Castillo, su escribiente,
Para notificar las provisiones
Al Antonio Sedeño y á su gente,
Que los hilos cortó de su esperanza,
Por no tener de muchos confianza.

Y así tenia ya determinado,
La luz de los mortales apartada,
Pasar allá por conocido vado,
Con parte de su gente bien armada;
Y dar en el dormido licenciado
Prendiendo la cuadrilla descuidada,
Con miedo que si viesen mandamiento,
En sus gentes habria mudamiento.

Al tiempo pues que ya la noche fria
Demediaba sus cursos naturales,
Y sueños descuidados infundia
Morfeo por los ojos de mortales;
El Antonio Sedeño no dormia,
Antes llamó soldados principales
Apercibidos para tal efeto,
Porque tenia destes buen conceto.

Caminaron con él hasta doscientos,
Los ciento de caballo y cien peones,
Muy bien armados y con pasos lentos,
Por mas asegurar las ocasiones:
Pasaron con quietos movimientos,
Las aguas sin opuestas defensionces,
Y fueron por aquestos campos anchos
Hasta ponerse ya sobre los ranchos.

Como tigre que quiere hacer presa
Saliendo de lugar escurecido,
Y fué por pajonal de la dehesa,
Tan tácito que no causó ruido;
Y visto los manjares de su mesa,
Hace salto veloz, jamás oido,
Y si acaso lo sienten, es ya cuando
La miserable presa va gritando;

Así los de Sedeño, revestidos
Del nubló que tenían por halago,
Llegaron á los ojos que dormidos
Tomaban del trabajo justo pago;
Y nunca fueron vistos ni sentidos,
Hasta que ya dijeron, « Santiago,
A las armas »; dan gritos, pero vanos,
Por ya se las tener ajenas manos.

Sin sangriento rigor fueron rendidos
Por estar sepultados en gran sueño,
Y luego fueron todos repartidos
Entre los capitanes del Sedeño:
Caballos, armas, ropas y vestidos
Allí reconocieron nuevo dueño,
Y otras preseas mas, entre las cuales
Reconocieron las cédulas reales.

Y estas sin el respeto que se debe
Luego las entregaron y las dieron
Al impetu del agua que las lleve,
A las ondas del mar por do vinieron:
Pedro de las Comadres, que se atreve
A tales desvergüenzas cuales fueron,
Comenzó de decir con gritos varios:
« Allá van, allá van los cartularios.»

Pensaba que por esto fuera dino
De coronas triunfales ó guirnaldas;
Pero pasados tiempos, tiempo vino
Que por sus robustísimas espaldas
A su pesar corrió flujo sanguino,
Que en el rostro causó color de gualdas,
Otros también entraron en la cuenta,
Que no se reservaron del afrenta.

El Frias con los otros descompuertos,
Fueron, como ya dije, divididos
Por el gobernador en varios puestos,
A vigilantes guardas cometidos:
Sufriendo cada cual ratos molestos,
Por ser escasamente proveídos,
Pero poco después de la pendencia,
Para poder volver les dió licencia.

Mas aunque medios y conciertos hubo,
Para poder volver al Oceano,
Al Frias el Sedeño lo detuvo,
Y á Sancho del Castillo su escribano:
Con unos el concierto se mantuvo,
Y á otros no les dió tan libre mano,
Sospechosos dejóselos consigo,
Y los otros se fueron como digo.

No vuelven en caballos ni trotones,
Pero, según el uso de romeros,
Las lanzas convertidas en bordones,
Y las adargas son sacos lijeros:
Iguales van agora los peones
A los aventajados caballeros,
Entre ellos ansimismo van iguales
Un don Pedro y don Diego Sandovales.

Con Domingo Velazquez se dispensa,
Y con otros amigos conocidos,
Que lleven armas para su defensa,
Si de los indios fuesen ofendidos;
Y á todos los demás en recompensa
De los bienes robados y perdidos,
Les dieron muchos indios de la tierra,
Que les decian ser de buena guerra.

Estos, á quien volver no se les veda,
Aviso luego dieron al audiencia;
Y así, vistas las vueltas de la rueda,
Mandóse que castigue la demencia
El licenciado Joan de Castañeda,
Famoso por soltura de conciencia
Y en deshonestidades y regalo
Creo que fué menor Sardanapalo.

A Cubagua llegó do se pregona
La provision y cédula bastante,
Y por no fatigar mas su persona
Nunca quiso pasar mas adelante;
Mas nombro capitán de Tarragona,
Que no hallaba riesgo que lo espante,
Este fué Joan de Yúcar, un navarro
De quien atrás algunas cosas narro.

Como varon sagaz y diligente,
Tratable, generoso, halagüeño,
Procuró convocar alguna gente,
Cuyo número todo fué pequeño:
Por vía que le fué mas conviniente
Luego se despachó contra Sedeño,
Creyéndolo hallar en el asiento
Adonde Frias vió su rompimiento.

Pero después que para la marina
La gente sin el Frias fué enviada,
El Antonio Sedeño determina
Proseguir adelante su jornada:
Pifaro y atambor con voz continua
Recoge ya la gente separada,
Serenidad de tiempo los convida
A poner en efeto la partida.

Demás de que tenia por pesado
Gastar mas tiempo por aquel asiento,
Donde febea luz habia dado
A toda su carrera cumplimiento,
Por polos del zodiaco dorado
Contrario del primero movimiento,
Y aun del signo de Géminis salia,
Y al trópico de Cáncer se metia.

Dados pues por el campo los pregones,
Recogen los soldados sus haciendas,
Mantenimientos, armas, municiones,
Los goscipinos toldos y las tiendas;
Salieron caballeros y peones
Dispuestos para lides y contiendas,
Y para les servir en trances tales
Crecida cantidad de naturales.

A los cuales llevaban en colleras
Con cuerdas ó cadenas algo largas,
Pero todas delgadas y lijeras
Porque pudiesen bien llevar las cargas:
Gansabanse las fuerzas mas enteras,
Las horas del vivir hacen amargas,
Aqueste ve su fin, aquel desmaya,
Otro no sabe ya cómo se vaya.

Mandaban desatar al que se via
Careciente de fuerzas y sustancia,
Porque el gobernador siempre tenia
En este caso grande vigilancia,
Y en que se caminase cada día
Dos leguas solamente de distancia,
Siempre nombraba hombres diligentes
Que curasen heridos y dolientes.

Tuvo vigilantísimo cuidado
De los pobres enfermos y heridos,
Nunca se le probó comer bocado
Hasta que los tuviese proveídos:
Por el camino todo buen recado
Y entre los de caballo repartidos,
Él en la retaguardia vigilante
Para llevarlos todos por delante.

Con esta vigilancia propia suya
Llegaron á las tierras que mandaba
La reina que llamaban Anapuya,
La cual de buena paz los esperaba:
Hermosa, varonil, cabal, y cuya
Mano muy liberal se le mostraba,
En todas proporciones elegante,
Y para guerra y paz mujer bastante.

Y en general es este mujeriego
De bien compuestos miembros y lozanos,
Ninguna cosa duras al entrego
Que suelen recibir lascivas manos:
Derretidas en amoroso fuego,
Grandes aficionadas á cristianos,
Serenos ojos, blandos movimientos,
Causadores de tiernos sentimientos.

Entre estas apacibles compañías
Fueron los españoles detenidos
Por espacio de diez ó doce días,
Aunque ninguna cosa divertidos:
Después con las debidas cortesías
De la gallarda reina despedidos,
La gran Orocumay fueron buscando,
Do también los estaban esperando.

Con grande cantidad de bastimento,
Por ser Orocumay atrás nombrada
Señora de grandísimo talento,
Y á cualquier español aficionada:
Libre de yugo ya de casamiento,
Y que después no quiso ser casada,
Tuvo hijo varon de gran estima,
Y el nombre deste mozo fué Perima.

Alto, fornido, suelto, bien dispuesto,
Y aunque zurdo, perito sagitario,
Melancólico, grave, torvo gesto,
A mansas condiciones adversario:
En baldonar la madre fué molesto,
Atrevido, feroz y temerario,
Con él crecían malos pensamientos,
Pero salía bien con sus intentos.

Y así, teniendo días mas ancianos,
En su reino mandó se contradiga
La paz que sustentaban comarcanos,
Menospreciando ser en esta liga.
Mostróse tan cruel contra cristianos
Cuanto la madre fué fiel amiga,
Llegó después su gran valor á tanto,
Que fué de todos general espanto.

Pues con ser por allí los campos llanos,
Sin sierra ni peñol do se valiese,
Nunca jamás rompió con los cristianos
Que punto de su parte se perdiese:
Antes vivos tomó muchos á manos,
Y al de caballo hizo que huyese,
Y á muchos no valieron las espuelas,
Sino que los cogió por las pihuelas.

Hizo mientras vivió notables daños
Corriéndole su tierra capitanes,
Sin ser parte grandísimos engaños
Para no padecer muchos desmanes;
Mas pasados después algunos años,
Ciertos soldados de los alemanes
Llegaron por allí no sospechando
Hallar tan pertinaz y duro bando.

Fué gente baquiána que traía
Un cierto capitán de valor raro,
El cual Pedro de Lúmpias se decía,
Y el bárbaro llamó Curahamaro:
Perima como vió la compañía,
Quiso romper con él en campo claro,
Y así salió con ciertos escuadrones
Contra los caballeros y peones.

Limpias reconoció como convino
Al Perima por ser mas señalado,
Y así rompió guiado de buen tino
Con caballo feroz, rucio rodado:
Y fué con tal vigor, que de camino
La lanza le metió por el costado,
Tocó la tierra su robusto cuello,
Ya despedido de vital resuello.

Acude luego para levantarlo
El escuadron robusto y esforzado,
Y estórbalos la gente de caballo
Con brazo vigoroso y arriscado:
Pero parte no son para quitallo
Hasta metello dentro del cercado,
Donde se defendieron y ofendieron,
Y el Limpias y los suyos se volvieron.

A este reino pues llegó Sedeño,
Que entonces paz serena mantenía,
Y por ser el Perima muy pequeño,
Orocumay su madre lo regia:
Fué su recebimiento halagüeño
Y lleno de contento y alegría,
A todos dieron buenos aposentos,
Y sin limitacion mantenimientos.

Estando todos en aquel asiento,
Cuyos vecinos eran liberales,
A celebrar vinieron casamiento
Dos hijos de personas principales:
Y estaban en aquel ayuntamiento
Inmensa cantidad de naturales,
Que demás de vecinos y parientes
Se llegaron de partes diferentes.

Ninguno dellos trajo largas faldas,
Puesto que matizados de colores
Los rostros, brazos, pechos, las espaldas,
Otros en carne fijas las labores:
Otros aderezados de guirnaldas,
Compuestas y tejidas de mil flores,
Por collares también uñas de fieras,
Conchas de cachicamos por monteras.

Aquí y allí caterva de salvajes
Bailaban á compás en ancho coro,
Haciendo muchos gestos y visajes,
A la danza guardando su decoro:
Ondean por cabezas los plumajes,
Resplandecen también joyejos de oro,
Queque, paracagua, grupo, cacañas,
De que muchos ornaban sus personas.

Gran copia de casadas y doncellas
Regocujan allí la dulce rueda:
Graves, ledas, airosas, lindas, bellas,
No con lienzo ni paño ni con seda;
Sino con tal cubierta todas ellas
Que después que nacieron se les queda,
Y en cada cual se via muy patente
Lo que razon honesta no consiente.

Muchas también dispuestas y sacadas
En sus gallardos miembros y faiciones,
Que no dudo poder ser envidiadas
De muchas encubiertas proporciones:
Y así se criau todas regaladas
En aquellas provincias y regiones,
Y con ser los varones gente dura
Los ablanda su blanda hermosura.

Aquel día pues en que celebrado
El desposorio fué según sus leyes,
Trajeron al mancebo desposado
Cantidad de caciques ó de reyes
A un lugar de flores adornado,
A la sombra de macos ó mameyes,
Do tenían asientos prevenidos,
Muchos dellos de oro guarnecidos.

Estando cada cual en el asiento
Segun su calidad acostumbrada,
Orocumay sacó del aposento
A plaza la señora desposada:
De señoras de gran merecimiento
Salió la ninfa bien acompañada,
Y á su modo tan bella y tan graciosa
Que cualquiera juzgara ser hermosa.

Los cabellos cubrían las espaldas,
Tan largos que se vieron pocos tales,
La cabeza con róseas guirnaldas,
Rico collar de piedras principales:
De rubies, turquesas y esmeraldas,
Una cinta de perlas y corales,
Las muñecas y piernas con chaquiras
Y entre ellas diamantes y zafiras.

Lo demás iba todo descubierto,
Diferente del uso vergonzoso,
Mas tal que quiso natural concierto
Pintar un espectáculo hermoso:
Tan bello que no fuera menos cierto
Que Júpiter quisiera ser esposo;
Llevaba como virgen en la mano
Ramillete de flores muy galano.

Llamábase la ninfa Gailacia,
Mas mejor se llamara Galatea,
Por ser retrato vivo do se via
Cuanto de hermosura se desea:
Con tan alto primor que deshacia
A Deyopeya, Dafnis y á Pantea,
Y á aquella que por ser mas que Glicera
Fué puesta por un polo del esfera.

Llegada con aquesta compañía
Do estaban los caciques esperando,
Recebieron con grande cortesía
Todos ellos al femenino bando:
Miranse los esposos á porfia
Y un rato consumieron contemplando,
Y ella para mostrar qué tal estaba
Al mozo dió las flores que llevaba.

El mozo las tomó con gran contento,
Y después de mostradas por buen trecho
Volvióselas con dulce sentimiento,
Juntándolas primero con el pecho,
Do prestaron los dos consentimiento,
Y así su casamiento quedó hecho:
Luego por multitud tan infinita
Hubo de regocijos grande grita.

El esposo se fué tras su querida
Con estruendo de bailes y de danzas,
Dase muy abundante la comida,
Crecen en el beber las destemplanzas:
Orocumay, princesa proveída,
Mostró su gran valor y sus pujanzas,
Duraron en aquestas obras pias
Por espacio de mas de quince dias.

Aquestos regocijos acabados,
De que Sedeño fué participante,
Teniendo los caballos reformados,
Y enfermos con reparo semejante,
Previno capitanes y soldados
Para que procediesen adelante,
Los cuales se hicieron luego listos
En demanda de reinos nunca vistos.

Después de consultada la partida,
Señaladas derrotas y paraje,
Sedeño con razon encarecida
Las gracias le rindió del hospedaje:
Y la española gente despedida,
En efeto pusieron su viaje,
El suceso del cual y desta gente
Diremos en el cántico siguiente.

CANTO SEGUNDO.

Donde se cuenta el suceso desta gente hasta la muerte del Antonio
Sedeño, y cómo se dividió su gente en dos bandos y parcialidades.

No son los sufrimientos imposibles
Cuando fortuna juega duros lances:
Mas las penas serian mas sufribles,
Y de menos dolor los tales trances,
Si no trajesen otros mas terribles
Que siempre suelen ir en los alcances,
Pues muy enteras fuerzas se quebrantan
Si unos después de otros se levantan.

A la gente del campo peregrina
Fortuna repartió destos rigores,
Pues en prosecucion de su camino
Fueron de malos pasos en peores:
Perturbando su célebre desino
Hambre mortal y bélicos furoros,
Los cuales siempre fueron en aumento
En el discurso del descubrimiento.

Caminando por estos campos llanos,
De grandes esperanzas alentados,
Al reino llegan de los dos hermanos
Gotoguaney y Guaxearax nombrados:
Los cuales con las armas en las manos
En su defensa son determinados,
Y estaban en el pueblo mas potente
Con excesivo número de gente.

Amparados los indios belicosos
Con cerca de tres cercos estendidos,
Cada cual de maderos poderosos,
Profundos y al cortar endurecidos
Con yedras ó bejucos correesos,
Unos con otros bien fortalecidos,
Y en torno de las cercas de maderos
Hoyos para meterse los flecheros;

Llegada la cristiana compañía
Y llamados de paz los capitanes,
Gotoguaney de dentro respondia:
« Andad para bellacos baraganas,
Hombres de mal vivir, gente baldía,
Glotonas, paroleros, charlatanes,
Chocantes, burladores, mogollones,
Falsos y de traidores condiciones.

» Aquellas mujercillas temerosas,
Os trataron con grande mansedumbre,
Y os nombran con palabras amorosas
Hijos del resplandor que nos da lumbre:
Mas no me espanto yo de pocas cosas,
Ni por acá se tiene tal costumbre:
Sé yo domar los tigres y leones,
Cuanto mas á cobardes corazones.

» Nuestras agudas puntas de alfileres
No se espantan de lanzas fanfarronas,
Ni ya penseis habello con mujeres
Lascivas, deshonestas, bellaconas:
Que por sus apetitos y placeres
Regocijaron bien vuestras personas:
Nuestros regalos van vias derechas,
Pendientes de las puntas de las flechas.

» A todos causo yo temor horrendo,
Y soy Gotoguaney, y así me llamo,
Las cosas que haceis bien las entiendo,
Por los de Cherigoto y Guayacamo:
Y sé también cómo venis huyendo
Por no querer servir á vuestro amo,
Y si no revolveis por do venistes,
Podrá ser que pagueis lo que hicistes.

Con las palabras dichas los amengua
El bárbaro feroz y confiado,
Las cuales declaradas por la lengua,
El Sedeño quedó maravillado:
Y á todos parecía grande mengua
No procurar romper aquel cercado,
Y para los efectos deste hecho
Determinaron de poner el pecho.

Porque todos los mas facilitaban
El rompimiento de los flacos muros,
Mas no les sucedió como pensaban,
Por ser los defensores hombres duros:
Y así, ninguno de los que llegaban
Hallaron sus amparos ser seguros,
Antes los adalides mas osados
Volvian malamente lastimados.

El gobernador sabio, como via
La resistencia destas gentes fieras,
Hasta la lumbre del siguiente día
Mandó retraer armas y banderas:
Considerando que le convenia
Tomar este negocio mas de veras;
Y con bastante vela recogidos
Curaron mas de veinte mal heridos.

Retirando su clara luz Apolo,
Con sus caballos anhelantes llega
A la region austral del otro polo,
Dejándonos acá la noche ciega:
Y con sospecha de noturno dolo,
Al sueño su costumbre se le niega,
Acá velas y rondas se visitan,
Los indios al rendir los cuartos gritan.

Habiendo Flegon dado cumplimiento
A los opuestos campos y raíces,
Y con arrebatado movimiento
Acá respira luz por las narices:
Descubriendo las flores y ornamentos
De diversos colores y matices,
Los indios y guerreros castellanos
Aprestaron las armas y las manos.

Vistense duros sayos de algodones,
Con sobrefaldas que los piés cubrían,
Celadas fuertes, duros morriones,
Ventallas que la vista defendían:
Unos con hachas, otros azadones,
Otros con los reparos que tenían,
Detrás de rodeleros las ballestas,
Con ciertas pavesadas bien compuestas.

Por diferentes partes se comete
El combate feroz y Marte fiero,
García de Montalvo y un Copete
Tomaron al oriente lo primero:
A lugares opuestos arremete
Aduza y Alonso Alvarez Guerrero,
Lo del septentrion tomó Losada
Y Ochoa con gran parte del armada.

Conviértense las mas quietas horas
En otras peligrosas y molestas,
Las gentes del cercado defensoras
Acudieron también las armas prestas:
Oíanse las hachas cortadoras,
Suenan los arcabuces y ballestas,
Aqui y allí se hace gran estruendo,
Unos cortando y otros defendiendo.

De las piedras vereis el aire lleno
Que caen sobre todos los armados,
Empléanse las flechas con veneno,
Pasan las guaicás pechos estofados:
Echábanles también ardiente feno
Contra ciertos petrechos fabricados,
Por aquellos cuarteles y defensas
Los gritos y las voces son inmensas.

Como si tempestad con sus rigores
Los edificios fuese derribando,
Que por aqui dan gritos y clamores,
Por acullá también andan gritando;
Y acuden ansimismo moradores,
La minosa pared apuntalando,
Reparando las casas y viviendas,
Por amparar personas y haciendas;

Ansí por el rigor destes conflictos
Los bárbaros andaban de tal arte,
Que daban aqui voces y allí gritos
Con gran solicitud de cada parte:
Buscan vías y modos esquisitos
Para mejor guardar su baluarte,
Lanzas largas de palmas en las manos,
Con que trataban mal nuestros cristianos.

Unos de gran calor son oprimidos
Con armas de pesados adherentes,
Otros salen de yerba mal heridos,
Y acuden á buscar hierros calientes
Que siempre se tenían prevenidos
Para curar los miseros pacientes,
Cortándoles la carne denegrida
Si pudiesen con fuego dalles vida.

Las faldas y cubiertas que traía
El español que cerca se llegaba,
El indio con su lanza las desvía,
Desde los bajos hoyos donde estaba;
Y aquella parte que se descubría
Otro con dura flecha la clavaba,
Y en los lugares menos descubiertos
Los mas aviesos tiros eran ciertos.

Por los cuales cubrían menos miedo
Rabiosísimamente se barrunta,
Pues ya pasos mudados ó ya quedo,
Ya solo y separado, ya con junta;
En descubriendo rostro, mano, dedo,
Lo hallaba clavado con la punta,
No se vió cosa igual de puntería
Ni de ferocidad y valentía.

Al español brioso y alentado
Incitaba sonido de trompetas,
Ansimismo de dentro del cercado
Al indio gran ruido de cornetas:
Hasta tanto que el sol apresurado
Distaba por igual de entrambas metas,
Y viendo que sus golpes eran vanos,
Se retrajeron nuestros castellanos.

Pues como ya de aquestos campos llanos
Febea luz sus rayos escondiese,
A caballo, con lanzas en las manos,
Se mandó que la ronda se hiciese:
En torno del cercado los cristianos
Porque la gente del no se huyese;
Pues á causa de daños recibidos,
Estaban de gran furia poseidos.

Llegada ya la luz, llegan porfias
Con reciprocacion de guerra fiera,
Sierras, hachas y sogas van baldias
Y ciertos castillejos de madera:
Pues pelearon mas de veinte dias
Dejándose la cerca muy entera,
Haciendo indios sus reparos ciertos
A costa de otros que quedaban muertos.

No les faltaban tiros del aljaba
Ni pechos que jamás fueron vencidos,
Pero mantenimiento les faltaba
Por tomallos allí desproveidos;
Y aunque el indio feroz disimulaba,
Mujeres y muchachos dan gemidos,
Y así determinaron en tal caso
De morir ó vivir en campo raso.

Escogieron el tiempo mas seguro,
Para poder salir secretamente,
Y así determinaron con escuro
De no dejar allí cosa viviente;
Sino romper la parte de su muro
Capaz para salir junta la gente,
Ordenados prolijos escuadrones,
A la forma de nuestras procesiones.

Resueltos en aquestos pareceres,
Pusieron en efeto la partida
Con lo mas sustancial de sus haberes
Y alguna haciendilla recogida:
En medio los muchachos y mujeres
Para selles amparo de la vida;
Salieron todos pues en ordenanza,
Entre arquero y arquero larga lanza.

Caminaba la gente belicosa
Callados y con grande vigilancia,
Hasta tomar la parte montuosa
Que tenían á legua de distancia;
Pero certificados desta cosa
Los nuestros, que velaban el estancia,
«Arma, arma, soldados» van clamando
Despiertos y dormidos convocando.

Stena luego murmurio de soldados
A los clamores destas centinelas,
Saltan en los caballos ensillados,
A gran prisa se ponen las espuelas:
Vestíanse los sayos estofados,
Embrazan los peones las rodelas,
Acude cada cual de la conquista
Al orden y concierto de su lista.

Luego toparon con la gente dura
Impetu de caballos y peones,
Y en vano rompimiento se procura
Con varias y diversas invenciones,
Pues ninguno salió de su postura
Ni del concierto de sus escuadrones,
Y en lugar do faltó vital aliento
Luego hacían otros henchimiento.

Al que quiso romper de mejor gana
Al feroz escuadron por derramallo,
Con lanzas y con golpes de macana
Desatinaban el mejor caballo:
Era después imaginacion vana
Poder en las espuelas meneallo,
Y los feroces indios con tal tino
Que punto no perdían del camino.

Un Joan Martín rompió los embarazos,
Que por su desventura fué valiente,
Pues no pudo valerse de sus brazos
Con el concurso grande desta gente:
Y así luego quedó hecho pedazos,
Y el caballo murió por consiguiente;
Y aunque dellos también hubo caídos,
Ningunos gritos suenan ni gemidos.

Dándose todos pues tan buena maña
En estos rigurosos menesteres,
Y en llevar recogida la compañía
De los imbeles niños y mujeres,
Tomaron por amparo la montaña
Y guarda de sus últimos poderes,
Pues en aquellos montes y espesuras
Tenían las mujeres mas seguras.

Después que ya dejaron ensotados
A los que no pudieron ser rompidos,
Los nuestros se volvieron espantados,
Y no poquitos dellos mal heridos:
Con encendidos hierros son curados
Y á riesgo de la muerte convertidos,
Pues quien tal sale de la tal reyerta
Nunca su muerte tiene por incierta.

La cura fué con grande diligencia
En abrigadas chocas recogidas,
Mas con la venenosa pestilencia
De que las flechas vienen guarnecidas,
De los heridos en la competencia
Muy pocos escaparon con las vidas,
Con furias y con vascas tan estrañas
Que á los sanos rompían las entrañas.

Si ves que peleando lo mas fuerte
Muere, razon no pide que te asombres,
Mas si morir de yerba fué la suerte,
Es mal que de mil males tiene nombres;
Y así la muerte tal es mas que muerte,
Y los de la tal guerra mas que hombres,
Pues una muy lijera picadura
Basta para te dar la sepultura,

Y para trastornar seso mas sano
Con aquellos pesados accidentes,
Aquel herir de pié, herir de mano,
Volver los ojos, traspellar los dientes,
Aquel estremecer tan inhumano,
Bramuras que confunden los presentes,
Despedazarse carnes y vestidos
Si de manos ó dientes son asidos.

Del ballestero, viéndose herida
Antidoto buscó la veloz cierva,
Y con ser por mil vías inquirida
Aqui jamás hallamos contrayerba;
Ni creo yo tampoco ser sabida
Por gente desta rústica Minerva,
Pues usan de sudores y gran dieta
Cuando tal desventura los aprieta.

Pero la contrayerba mas bastante
Es abrasar la llaga de repente,
Y todo lo que fuere penetrante
Con un cauterio de boton ardiente,
Dormir do no dé norte ni levante,
Y ser en su comida continente,
No comer ni beber los dias malos
Hasta que quedan secos como palos.

Ansí hallando cercas en entradas
Si hierve militar desasosiego,
Siempre tienen muchas almaradas,
Ya blancas de calientes en el fuego:
A personas heridas y flechadas
Con toda brevedad acuden luego,
Es esta cura la de mas provecho
Y las demás han poco fruto hecho.

Pues no siendo yo cano ni tan calvo,
Andando donde digo de presente,
Y adonde si herido quedó salvo
Fué cura milagrosa y escelente;
Dijo soñar García de Montalvo
Polvo de solimán ser conviniente:
Aqueste se probó siendo forzoso,
Y algunos lo hallaron provechoso.

Pero luego hicimos un entrada
Casi seguros ya destes desmanes,
Mas la gente de indios avisada
Desto, llamó sus diestros trujamanes,
Subieronla de punto, y afinada,
Ni presto solimán ni solimanes,
Ni pudo mas curar en esta guerra
Que pudieran curar polvos de tierra.

Ansí que quien ha visto tanto muerto
Por tierra de Cubagua y Cariaco,
Y de muchos remedios es esperto
El remedio mejor juzga por flaco:
Y aun no sé si podré tener por cierto
Lo que dice Monardes del tabaco;
Pero quiero yo fuera de patraña
Contaros una cosa bien estraña.

Hicimos en caribes cierto salto
Tomándoles la gente y el fardaje;
Mas uno de prision viéndose falto
Con un hijuelo suyo como paje,
Subió por un caney á lo mas alto
Por no se sujetar al vasallaje,
El con un arco grueso muy galano,
Y el muchacho las flechas en la mano.

El era por extremo bien dispuesto,
Gallardo y de tan buena compostura,
Que de sus proporciones y su gesto
No vimos por allí mejor figura;
Y en una cierta forma todo esto
Que decoraba mas su hermosura,
En todas estas cosas eminente,
Y mas en los extremos de valiente.

De que se vido ya donde queria
Para hacernos daño se petrecha,
Alborotando nuestra compañía
Con tiros espesísimos de flecha:
De las cuales ninguna despedia
Que fuese mal tirada ni mal hecha,
Y allí donde sus tiros endereza
Hirió á Alonso Marqués en la cabeza.

Venían ciertos indios ventureros,
Vecinos de la isla Margarita,
Para servir á nuestros compañeros,
Y gozar del despojo que se quita:
A estos porque son grandes flecheros
El Alonso Marqués dió grande grita,
Mandándoles que luego lo matasen,
Y con flechas de yerba le tirasen.

No podía dejar de ser herrero,
Porque ningun reparo lo cubria,
Mas él, como destrisimo guerrero,
Las flechas con el arco rebatía:
De muchas se libró; mas por entero
De todas ni de tantas no podia,
Con las ajenas ya nos importuna,
Que de las propias le quedó ninguna.

Sus propias carnes eran el aljaba,
Y dellas las sacaba su vasallo;
Mas con las que de si propio sacaba
Heria muchos indios que me callo;
Y con una que fué con furia brava
A Luis de Chaves le mató el caballo:
Por allí los calores son terribles
Y en aquellas sazones insufribles.

Estando pues el indio fatigado
Con las heridas y calor del cielo,
De la cumbre rodó desalentado
Hasta venir á dar al duro suelo:
Con un vigilantísimo ciudadano
Luego bajó tras él aquel mozueto,
Y sin ningun temor se sentó junto
Del que mas parecia ya difunto.

Adonde sucedieron estos males,
Y vimos destes indios las caídas,
Había fertilisimos yucales
Que son unas raices conocidas,
Que si se comen verdes son mortales,
Y así privan á muchos de las vidas:
No trato de las yucas boniatas,
Que se suelen comer como batatas.

El herido gandul como volviere
Un poco sobre si mas alentado,
Al indezuelo hizo que trajere
Raices del mortífero bocado:
Dióselas él, y como las comiese
Con furia de varon desesperado,
Creímos todos cuantos vimos esto
Que lo hacia por morir mas presto.